



Lipovetsky, El crepúsculo del deber, Anagrama, Barcelona 2000

«La relación dominante de uno con uno mismo ya no está bajo la tutela de imperativos incondicionados, se despliega bajo el signo de los derechos subjetivos, del deseo, del trabajo de mantenimiento y de desarrollo de tipo “narcisístico”. El sistema de legitimación de los deberes hacia uno mismo ha perdido lo esencial de su autoridad. No es que las exigencias relativas a uno mismo hayan desaparecido en absoluto: se han librado de la retórica obligatoria y ahora se formulan en términos de elección, de interés, de funcionalidad. La cultura de la obligación moral ha dejado paso a la de la gestión integral de uno mismo, el reino del pragmatismo individualista ha reemplazado al del idealismo categórico, los criterios de respeto hacia sí mismo han entrado en el ciclo móvil e indeterminado de la personalización, de la psicologización, de la operacionalización. El proceso posmoralista ha transformado los deberes hacia uno mismo en derechos subjetivos y las máximas obligatorias de la virtud en opciones y consejos técnicos con miras al mayor bienestar de las personas. Se ha pasado una página de la historia de la moral moderna: la moral individual se ha convertido en una moral desustancializada, inencontrable para mayor provecho de la dinámica histórica de la autonomía individualista en adelante liberada de una forma de obligación interna que determinaba imperativamente las conductas» (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, pp. 82-83).

«El suicidio es una desgracia personal, no una falta a una obligación moral, suscita antes el interrogante que la desaprobación, más la compasión que el ostracismo. Este cambio en las actitudes y representaciones traduce el hundimiento de la cultura de los deberes individuales y correlativamente el triunfo de la lógica de los derechos subjetivos que despliegan sus últimas consecuencias: el individuo pertenece, en primer lugar, a sí mismo, ningún principio está por encima del derecho a disponer de la propia vida» (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, p. 86).

«... hemos dejado de creer en el sueño de “cambiar la vida”, no hay nada más que el individuo soberano ocupado en la gestión de su calidad de vida» (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, p. 72).

«Ya no hay desacuerdo de fondo sobre la igual dignidad de los hombres, en adelante lo que hay es una fluctuación social entre las definiciones de lo digno y de lo indigno. La idea de respeto por uno mismo ha entrado en la era de la incertidumbre y del debate individualista» (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, p. 96).

«Pero la higiene, a medida que se libra del peso de su dimensión obligatoria, se convierte en una preocupación preponderante de los individuos, movilizandando cada vez más tiempo, informaciones y dinero. Cuanto menos deber de higiene hay, más preocupación por sí mismo; cuanto más terreno gana la incitación hedonista, más trabajo cotidiano de mantenimiento corporal y de autovigilancia. El eclipse de la moral individual coincide con un egotropismo de

masas obsesionado por la forma y la línea, ávido de deporte y de alimentación biológica, de sistemas activos antiarrugas y de cremas reestructurantes, de regímenes dietéticos y de productos *light*. Hemos trocado el saber enfático de dignidad por estética corporal... Jamás el cuerpo ha sido tan gran objeto de atención, de trabajo, de protección y de reparación: el utilitarismo individualista y la seducción de los productos de cuidados y de higiene tienen socialmente más éxito que el idealismo abstracto de los deberes. Ya no se machaca con las obligaciones de respeto hacia uno mismo, se exaltan en tecnicolor los modelos del cuerpo joven y seductor: la devaluación de la actitud rigorista significa menos presiones autoritarias, pero simultáneamente más control social a través de las normas “técnicas” del cuerpo sano y logrado, menos culpabilización pero más ansiedad, menos directrices ideales pero más directricidad funcional mediante la información, la moda, los profesionales de la dietética, de la higiene y de la estética del cuerpo» (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, pp. 102-103).

«De la práctica deportiva no esperamos nada más que sensaciones y equilibrio íntimo, valorización de uno mismo y evasión, “línea” y relajación, la virtud ya no es lo que legitima el deporte, lo hace la emoción corporal, el placer, la forma física y psicológica. Se ha convertido en uno de los emblemas más significativos de la cultura individualista narcisista centrada en el éxtasis del cuerpo... La disciplina del esfuerzo, las prácticas calificadas a veces de “puritanas” están de moda después de la oleada de hedonismo *cool* polisensualista. Pero esto no significa el retroceso de la lógica narcisista. No se trata en absoluto de bonificación moral y de trascendencia virtuosa; los individuos se entrenan para sí mismos, para mantenerse, para superarse, incluido el riesgo y la “mortificación” física. El principio de logro se democratiza, pero simultáneamente se personaliza y se psicologiza, perfeccionado como está por la gestión utilitarista del capital-cuerpo, por la optimización de la forma y de la salud, por la emoción de lo extremo... Con el esfuerzo deportivo, el individuo se autoconstruye a la carta sin otro objetivo que ser “más” él mismo y valorizar su cuerpo: el *egobuilding* es un producto narcisista. Jamás en las sociedades modernas se han prescrito tan poco los deberes del individuo hacia sí mismo, jamás éste ha trabajado tanto en el perfeccionamiento funcional de su propio cuerpo» (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, pp. 112-113).

«La honestidad, la cortesía, el respeto a los padres: sin ninguna duda. ¿La obligación de darse? ¿El sacrificio propio? Con seguridad, no. En nuestras sociedades, el altruismo erigido en principio permanente de vida es un valor descalificado, asimilado como está a una vana mutilación del yo: la nueva era individualista ha logrado la hazaña de atrofiar en las propias conciencias la autoridad del ideal altruista, ha desculpabilizado el egocentrismo y ha legitimado el derecho a vivir para uno mismo. Se sabe que a los ojos de la moral ideal, el yo no tiene derechos, sólo deberes: la cultura posmoralista trabaja manifiestamente en sentido contrario, incrementa la legitimidad de los derechos subjetivos y mina correlativamente la del deber hiperbólico de la devoción. El espíritu de sacrificio, el ideal de preeminencia del prójimo ha perdido credibilidad: más derechos para nosotros, ninguna obligación de dedicarse a los demás, tal es en términos abruptos, la fórmula del individualismo cabal» (pp 131-132).

«El individualismo contemporáneo no es antinómico con la preocupación de beneficencia, lo es con el ideal de la entrega personal: se quiere ayudar a los otros pero sin comprometerse

demasiado, sin dar demasiado de sí mismo. Sí a la generosidad pero a condición de que sea fácil y distante, que no esté acompañada de una renuncia mayor. Somos favorables a la idea de solidaridad si ésta no pesa demasiado directamente sobre nosotros... Hemos dejado de alabar la exigencia permanente de dedicación al prójimo “siempre y en todo momento”, decía Jankélévitch: el momento del imperativo categórico ha dado lugar a una ética mínima e intermitente de la solidaridad compatible con la primacía del ego» (p 133).

«Como ya escribió Tocqueville en 1840, “en los siglos democráticos, los hombres se dedican raramente unos a otros, pero muestran una compasión general hacia todos los miembros de la especie humana”: las nuevas condiciones de vida consumista y psicologista no hacen más que acentuar esta tendencia a la identificación epidérmica con el otro, a la repugnancia ante el espectáculo del sufrimiento...» (p 140).

«La ayuda voluntaria elegida es uno de los rostros del individualismo posmoralista y expresa menos la reconducción de los deberes tradicionales que la búsqueda de la convivencia y del desarrollo personal a cualquier edad, menos una presión imperativa que un estilo de vida y una opción personalizada. El incremento de las aspiraciones neoindividualistas no es la tumba del voluntariado, es su estímulo» (pp 144-145).

«Lejos de ser un fin en sí, la familia se ha convertido en una prótesis individualista en la que los derechos y los deseos subjetivos prevalecen sobre las obligaciones categóricas. Durante mucho tiempo los valores de autonomía individual han estado sujetos al orden de la institución familiar. Esa época ya ha pasado [...]. Los padres reconocen ciertos deberes hacia sus hijos: pero no hasta el punto de permanecer unidos toda la vida y sacrificar su existencia personal. La familia posmoralista es pues una familia que se construye y reconstruye libremente, durante el tiempo que se quiera y como se quiera. Ya no se respeta la familia en sí, sino la familia como instrumento de realización de las personas, la institución “obligatoria” se ha metamorfoseado en institución emocional y flexible» (p 162).

«Más que nunca la inquietud colectiva está referida a la vitalidad económica, pero simultáneamente la ideología moralista del trabajo se ha desvitalizado: el trabajo está cada vez menos asociado a la idea de deber individual y colectivo, las grandes homilías sobre la obligación del trabajo ya no tienen vigencia. Ya no se exaltan las virtudes de paciencia y perseverancia, apenas se enseña el valor regular, el imperativo moral de ser útil a la colectividad, la obligación social de cumplir “su pequeña tarea microscópica”, por ínfimo que sea el resultado obtenido. El advenimiento de la sociedad de consumo de masas y sus normas de felicidad individualista han representado un papel esencial: el evangelio del trabajo ha sido destronado por la valorización social del bienestar, del ocio y del tiempo libre, las aspiraciones colectivas se han orientado masivamente hacia los bienes materiales, las vacaciones, la reducción del tiempo de trabajo... Al imperativo de progreso y de solidaridad por el trabajo, ha sucedido el culto individualista del presente, la legitimidad de la búsqueda de la felicidad y la libertad, de una *fun morality*» (p 174).

[En referencia a la empresa, trabajo y vida privada] «Incluso la élite de las grandes escuelas tiende a no adherirse ya al principio de la deuda de cada uno hacia todos. En 1991, alrededor de 1 de cada 2 cuadros salido de las grandes escuelas de comercio y de ingenieros no se

reconocía ninguna obligación superior a los demás ciudadanos, ninguna obligación de servir al interés general y de contribuir a la prosperidad colectiva. En la hipótesis de recibir una herencia importante que le permitiera dejar de trabajar, sólo una minoría de ellos consideraba utilizar esos fondos para crear una empresa o ejercer un oficio más interesante, menos del 5% solamente invocaba el imperativo de continuar trabajando por deber a la colectividad, cerca del 50% consideraba que “vale más no hacer nada que trabajar si se dispone de un capital suficiente”. En lo esencial, el trabajo se ha liberado de cualquier significado de deuda o de solidaridad hacia la sociedad: en adelante se trabaja para sí» (pp 180-181)

«La exigencia de moralización del pueblo ha sido reemplazada por la de la acción pública: casi no creemos en las pedagogías del ciudadano, pero sí en el derecho a moralizar la política, jueces y expertos han reemplazado a las homilías de las obligaciones morales y cívicas... No son los regímenes de orden moral los que celebran la hegemonía de las obligaciones colectivas sobre los derechos individuales que perfilan de nuevo nuestras democracias, sino el Estado de derecho y la promoción social de la ideología jurídica. Es menos significativo de nuestra época el “retorno de la moral” que el “retorno del derecho”, el predominio del derecho como regulador de las sociedades democráticas del poseer» (pp 206-207).

«Los hombres no son más que hombres: sólo podemos felicitarnos por este ascenso social de una ética posmoralista [...]. Está muy lejos del desinterés ilimitado del Bien absoluto, pero rechaza la jungla del “enriqueceos”, de corto alcance; no es elevada pero sí adaptada a una sociedad técnica y democrática. En esa vía, apelamos con todas nuestras fuerzas. No al heroísmo moral sino al desarrollo social de una ética inteligente, de una ética aristotélica de la prudencia orientada hacia la búsqueda del justo medio, de una justa medida en relación con las circunstancias históricas, técnicas y sociales» (pp 214-215).

«La demanda social de una información responsable acompaña la quiebra de todas las “religiones seculares”: cuanta menos fe en el futuro más se intensifica la importancia de la fidelidad a los acontecimientos del presente [...]. El resurgimiento de la intención ética en los *media* responde a una época en la que reina el culto del presente, en que la dimensión social del futuro histórico se ha retraído, en la que determinan las acciones y acontecimientos del día a día, en la que uno es incapaz de concebir un futuro superior al presente» (pp 235-236).